

amenazados por disturbios. Taharcu, vencido, parecía más temible á los feudatarios egipcios que el monarca ninivita é hicieron un tratado secreto con aquél, comprometiéndose á res-



Placa de marfil caldea.
(Museo Británico.)

taurarlo en el trono de los Faraones, con tal que los dejara libres. Unos despachos interceptados enteraron de tales manejos á los generales asirios, que retrocedieron, cogiendo á Sharludari de Tanis, Pakruru de Pisupti y Nechao, jefes de la conspiración, á quienes enviaron á Ninive cargados de cadenas. Saquearon á Sais, Mendes y Tanis, y con esto detuvieron la marcha de Taharcu, que se retiró á Napata. Tebas se rescató por la entrega de la mitad del tesoro sagrado que poseía el templo de Amón, y Montumhait, que ejercía la regencia en nombre de la princesa Shapeunapit II fué nombrado gobernador por Asiria. Tan completa fué la victoria que Asurbanabal pensó que podía usar clemencia con sus prisioneros. Después de haber llamado á Nechao ante su trono, le dió un traje honorífico, una cimitarra con vaina de oro, un carro, caballos y mulas, y además de devolverle á Sais, le dió el feudo de Atribis para su hijo mayor Psammético. Nechao, de regreso á Egipto, recobró su puesto bajo la vigilancia de un residente asirio, y se portó desde entonces como fiel vasallo del soberano ninivita.

Los sucesos de Egipto produjeron sus efectos ordinarios en los pueblos de Siria y Asia Menor. Las únicas ciudades que se las echaban de independientes (Tiro y Arvad) depusieron las armas. Baalu de Tiro fué confirmado en la posesión de su reino mediante la obligación de pagar un tributo anual, pero Takinlu de Arvad fué destronado, llevado á Ninive y reemplazado por su hijo mayor Asibaal. Dos jefes del Taurus, Mugallu el Tabal y Sandasarnie, obtuvieron su perdón dando caballos para la remonta de la caballería asiria. Los ribereños del Mediterrá-

neo ya no creían que con un cambio de soberano iban á recobrar su independencia, y comprendían que serían súbditos perpetuos de un imperio cuyo poder no dependía del genio ó de la incapacidad de un hombre, sino que seguía de generación en generación por virtud de su propio prestigio, cualquiera que fuesen las cualidades del soberano reinante. Los Estados independientes de Asia habían llegado á la larga á las mismas deduc-



Embajador ofreciendo un tributo de monos al rey de Asiria.

ciones, y la noticia del advenimiento de un rey de Asiria no despertaba ya en ellos esperanzas de conquista, ó á lo menos, de pillaje. Lo que hacían era enviar embajadas para felicitar al nuevo soberano y estrechar los lazos de amistad que unían á unos países con otros. Una de estas embajadas, que llegó á Ninive en 667, la de Gíges rey de Lidia, lugar lejísimo más allá del mar, provocó su asombro mezclado con orgullo. Asurbanabal agradeció el homenaje que le enviaba Gíges, y durante algunos años hubo entre Asiria y Lidia una especie de alianza, completamente platónica por otra parte, y de la cual no sacó ventaja ninguno de los dos países.

El Urartu estaba tranquilo, y sus reyes Rusas II y Erimenas no pensaban más que en construir castillos de recreo alrededor de su capital. Los medos y las tribus de la meseta irania seguían en paz como durante el anterior reinado, Elam conservaba buenas relaciones con Ninive y Babilonia; las tribus arameas de las desembocaduras del Eufrates y el Tigris se movían sordamente, pero nada se traslucía de sus maquinaciones. Únicamente Egipto inspiraba temores justificados. Estaba colocado de manera tan excéntrica con relación al resto del Imperio, que había de escaparse de la influencia ninivita en cuanto ocurriera algo que obligase al soberano á suspender su vigilancia un mo-

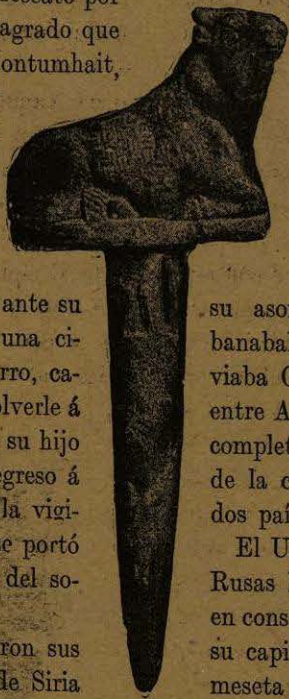


Figura de bronce con leyenda.
(Babilonia.)

mento. Además Etiopía estaba detrás de Egipto dipuesta siempre á fomentar los disturbios ó á presentarse en liza en cuanto hubiera ocasión. Taharcu, inmovilizado, según dicen, por un sueño que le mandaba no alejarse de Napata, no había reaparecido al Norte de la catarata, pero su yerno Tandamani había vuelto á entrar en Tebas y se preparaba á marchar hacia el Delta, cuando en sueños oyó la predicción de que pronto sería rey. Supo en seguida la muerte de Taharcu, corrió á coronarse en Gebel Barszal y luego se embarcó en el Nilo para reconquistar á Egipto. Tebaida le acogió con demostraciones de sincera alegría.

Las tropas asirias y los contingentes egipcios, mandados probablemente por Nechao, le aguardaban junto á Memfis; pero él los derrotó, tomó la ciudad y se metió por el Delta, persiguiendo á los vencidos. Nechao pereció, su hijo Psammético se escapó á Siria, pero los príncipes se fortificaron en sus respectivas ciudades, y empezó una guerra de



(Estatua de Asurbanabal Museo Británico.)



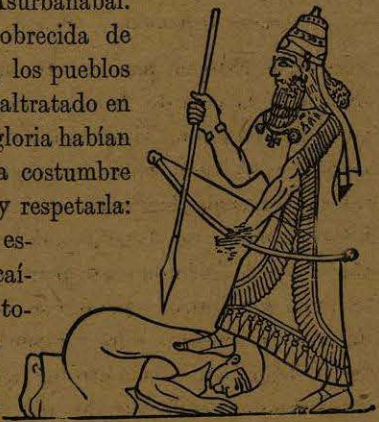
Lámina de barro caldea.
(De un sepulcro.)

sitios interminable. Impacientado por su resistencia se retiró Tandamani á Memfis, y no sabía cómo salir honrosamente de su arduo empeño, cuando los príncipes entraron en negociaciones con él. Pakruru de Pisupti, que era su jefe, desde la muerte de Nechao, los llevó á presencia de Tandamani. Conferenciaron con él, le llevaron ricos presentes, y Tandamani se volvió á Napata cargado de riquezas. Su autoridad sobre el Norte no debió de durar

la audacia del etíope; pero complicaciones que surgieron al SE. le obligaron á diferir su venganza. Elam volvió á aparecer en escena y Urtaku, cediendo á las instancias de las tribus arameas, había franqueado el Tigris en 665. Shamashshumukin tuvo que encerrarse en Babilonia y solicitar el auxilio de su hermano. Este acudió é hizo retirarse al invasor. Creíase que volvería al año siguiente, pero murió repentinamente de apoplejía, y su hijo menor Tiumman hizo con sus hermanos lo que él había hecho con los hijos de su hermano Khumbankhaldarh. Arrojadados por él de Elam, se refugiaron en Ninive, donde se los recibió honrosamente para poder intervenir en tiempo oportuno en los asuntos de su patria. Asurbanabal aprovechó la coyuntura de no estar bien seguro

Tiumman en el trono y no ser temible para atacar á Egipto. Tandamani concentró sus fuerzas en Tebaida, pero cuando vió llegar á los asirios, renunció á defenderse y huyó á Kipkip, en Etiopía, el año 664. Tebas fué saqueada sin piedad, todos los habitantes fueron reducidos á la esclavitud, y todas las riquezas y dos obeliscos transportados á Ninive. Tebas nunca pudo reponerse de este golpe recibido de Asurbanabal.

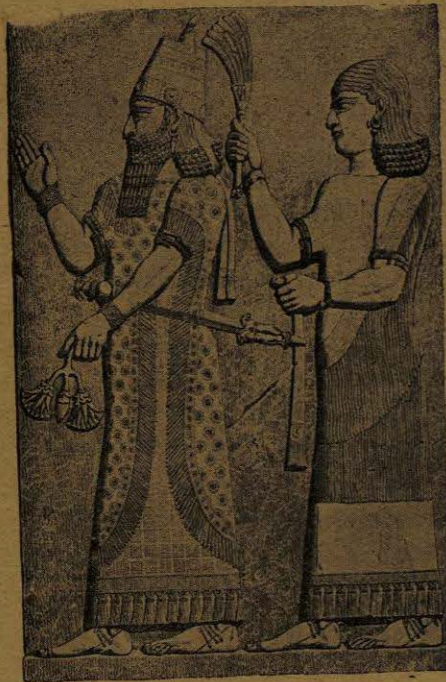
Aunque empobrecida de tiempo atrás, los pueblos que había maltratado en su época de gloria habían conservado la costumbre de temerla y respetarla: por esto el estrépito de su caída resonó en todo Oriente, llenándolo de lástima y asombro. Medio siglo más tarde, todavía la recordaban los hebreos y el profeta Nahum la ponía por ejemplo á los ninivitas. Fué reconstituída al estilo asirio y los veinte reyes que la gobernaban volvieron á



Un príncipe vencido humillándose ante Asurbanabal.

subir al trono por tercera vez en seis ó siete años. Psamético heredó el principado, pero no la categoría de su padre. Pakruru quedó de jefe de la liga. Tandamani, refugiado en Etiopía, no volvió á aparecer, y Egipto fué durante algunos años vasallo dócil de Asiria.

Apenas había acabado Asurbanabal por aquel lado, cuando surgieron otros enemigos al otro extremo del Imperio. Se insurreccionaron los manai, pero pronto, notando su incapacidad para resistir, mataron á su rey Akhsheri, coronando á su hijo Nalli, que se apresuró á



Retrato de Asurbanabal y de uno de sus cortesanos.

consultada, predijo la ruina de los enemigos y envió al rey un sueño profético y favorable á sus designios. Tiumman se retiró detrás del Ulai, y se atrincheró en el pueblo de Tulliz. Cuando iba á empezar la batalla le faltó el ánimo, y envió á un general suyo al campamento asirio para pedir una tregua. Apenas habían empezado las negociaciones, cuando llegaron á las manos las avanzadas y en pocos momentos se generalizó la acción en toda la línea. Tiumman fué vencido, perseguido y muerto con su hijo Tamaritu. Sus dos sobrinos Tamaritu y Khumbanigaih, que habían combatido en las filas asirias fueron nombrados, respectivamente, el uno, Tamaritu, virrey de Khaidalu y el otro, Khumbanigash, rey de Susa y Madaktu, bajo la soberanía de Asur. Una expedición al país de los gambulus, contra el rey Dunam, acabó la guerra. Los vencidos fueron tratados con toda la crueldad asiria (660), pero el horror causado por tantos suplicios no abatió el ánimo de los elamitas. Khumbanigash se dejó ganar por los odios de su pueblo y llegó á ser enemigo encarnizado de sus antiguos protectores.

Ocho años estuvo aguardando ocasión para dar á conocer tales sentimientos. Shamashshumokin el de Babilonia había empezado por vivir en buena amistad con su hermano. Había completado las obras empezadas por Asurhaddon, y se gastó todo el dinero en tales construcciones. Parece que después de la victoria de Tulliz, Asurbanabal empleó una conducta que le llenó de alarma y le inspiró ideas de rebelión. Para obtener el auxilio de Elam, Shamashshumokin prodigó en este país los tesoros del templo de Belo en Babilonia, y los del templo de Nabo en Barsip. Sus agentes secretos decidieron á los príncipes de Guti, Martu y Milukhki á hacer causa común con él. Aumladdin, jeque de Kedar, se encargó de llamar la atención por las fronteras de Siria. Uiateh, rey de los árabes, prometió llevar su contingente á Babilonia, mandado por dos emires famosos Ama y Abiatéh. La coalición llegaba desde Egipto hasta las orillas del Golfo Pérsico, y Asurbanabal nada sabía aún. Tan confiado estaba, que reclamó á Khumbanigash la restitución de una imagen de la diosa Nana, arrebatada siglos antes por los conquistadores elamitas. Un incidente imprevisto le quitó de pronto la tranquilidad y le enseñó la importancia

del peligro. El gobernador asirio de Uruk averiguó por el de Ursa que un emisario de Shamashshumokin se había introducido en aquella ciudad y hacía secreta propaganda entre el pueblo. Después de haber tratado en vano de trabajar contra estas maniobras, avisó de lo que ocurría al soberano. Shamashshumokin procuró desvirtuar el efecto de esta revelación prematura protestando de su abnegación por Asiria con una embajada solemne. Así ganó el tiempo necesario para completar sus preparativos, y al regreso de los embajadores se quitó la careta y declaró la guerra.

Asurbanabal flaqueó al principio por lo imprevisto del ataque, pero los sueños proféticamente favorables de un adivino le devolvieron los ánimos. Las discordias de los reyes enemigos paralizaron las fuerzas de Elam. Khumbanigash había enviado la flor de su ejército á Babilonia, y Tamaritu, hijo de Khumbanigash, viendo á su padre casi solo en Elam, se rebeló contra él, con la complicidad de su tío Tamaritu, virrey de Khaidalu. La adhesión de éste hizo vacilar por el pronto á los susitas, que recordaban que había combatido en las filas asirias y había matado á Tiumman con sus propias manos. Pero no vaciló en jurar en falso para disipar aquellas inquietudes, afirmando que no había cortado la cabeza al rey de Elam, y que lo había hecho Khumbanigash solo. Entonces fué decapitado Khumbanigash con la mayor parte de los príncipes de su familia. Gracias á esta diversión inesperada, Asurbanabal venció á Shamashshumokin en campo raso y cercó á los restos del ejército en Babilonia, en Sippar, en Barsip y en Kuta. Sitiaba aquellas cuatro plazas cuando Tamaritu se apercibió á combatir con él, pero fué atacado y vencido por su servidor Indabigash, que se rebeló contra él, y no tuvo Tamaritu más remedio que huir á Nínive y entregarse á merced del rey de Asiria, que le perdonó su traición. Indabigash no podía pensar en emprender una campaña inmediatamente después de la revolución que le había entronizado, y por otra parte no quería entrar en tratos con Asiria, por lo cual retiró sus tropas de Babilonia. Shamashshumokin, privado así de su aliado más eficaz, ya no podía contar con la victoria. Resistió encerrado en Babilonia, y el hambre fué tan grande, que los sitiados, para alimentarse, se vieron obligados á comerse á sus hijos. Los árabes trataron en vano de abrirse paso á

través de las líneas enemigas. Los dos emires se rindieron, á condición de salvar sus vidas, y su defección, recayendo en una población desalentada acabó con el poco ánimo que tenía. Entonces se rebeló el pueblo contra sus jefes y entró en negociaciones sin contar con ellos. Shamashshumokin no quiso caer vivo en poder de su hermano: prendió fuego á su palacio y pereció entre las llamas con sus mujeres, sus hijos y sus servidores, mientras los asirios echaban abajo las puertas. La represión fué implacable. A muchos babilonios se les arrancó la lengua y á otros se les cortaron pies y manos, se los arrojó á fosos, y se los hizo devorar por las fieras. Era la segunda vez, en menos de medio siglo, que saqueaban los asirios á Babilonia. Cuando rey y soldados se saciaron de matanza, perdonaron á los babilonios que quedaban y anexionaron la ciudad al imperio asirio. Más político habría sido terminar la obra de destrucción y arrasarse á Babilonia. Contúvole el mismo respeto religioso que había desarmado á sus antecesores, y no resistió á la tentación de proclamarse rey de Babilonia. Tomó en su nuevo reino el nombre de Kaudalanu, y confió el gobierno de la ciudad al funcionario asirio Shamashdanani (648).

Crisis tan prolongada y violenta tenía que perjudicar algo al prestigio del imperio. Los aliados y los súbditos antiguos no se movieron, pero las provincias de anexión reciente y los reinos independientes rechazaron la soberanía y la amistad obligatoria que habían tenido que

del peligro. El gobernador asirio de Uruk averiguó por el de Ursa que un emisario de Shamashshumokin se había introducido en aquella ciudad y hacía secreta propaganda entre el pueblo. Después de haber tratado en vano de trabajar contra estas maniobras, avisó de lo que ocurría al soberano. Shamashshumokin procuró desvirtuar el efecto de esta revelación prematura protestando de su abnegación por Asiria con una embajada solemne. Así ganó el tiempo necesario para completar sus preparativos, y al regreso de los embajadores se quitó la careta y declaró la guerra.



Lámina de barro cocido. (Caldea.)

del peligro. El gobernador asirio de Uruk averiguó por el de Ursa que un emisario de Shamashshumokin se había introducido en aquella ciudad y hacía secreta propaganda entre el pueblo. Después de haber tratado en vano de trabajar contra estas maniobras, avisó de lo que ocurría al soberano. Shamashshumokin procuró desvirtuar el efecto de esta revelación prematura protestando de su abnegación por Asiria con una embajada solemne. Así ganó el tiempo necesario para completar sus preparativos, y al regreso de los embajadores se quitó la careta y declaró la guerra.

Asurbanabal flaqueó al principio por lo imprevisto del ataque, pero los sueños proféticamente favorables de un adivino le devolvieron los ánimos. Las discordias de los reyes enemigos paralizaron las fuerzas de Elam. Khumbanigash había enviado la flor de su ejército á Babilonia, y Tamaritu, hijo de Khumbanigash, viendo á su padre casi solo en Elam, se rebeló contra él, con la complicidad de su tío Tamaritu, virrey de Khaidalu. La adhesión de éste hizo vacilar por el pronto á los susitas, que recordaban que había combatido en las filas asirias y había matado á Tiumman con sus propias manos. Pero no vaciló en jurar en falso para disipar aquellas inquietudes, afirmando que no había cortado la cabeza al rey de Elam, y que lo había hecho Khumbanigash solo. Entonces fué decapitado Khumbanigash con la mayor parte de los príncipes de su familia. Gracias á esta diversión inesperada, Asurbanabal venció á Shamashshumokin en campo raso y cercó á los restos del ejército en Babilonia, en Sippar, en Barsip y en Kuta. Sitiaba aquellas cuatro plazas cuando Tamaritu se apercibió á combatir con él, pero fué atacado y vencido por su servidor Indabigash, que se rebeló contra él, y no tuvo Tamaritu más remedio que huir á Nínive y entregarse á merced del rey de Asiria, que le perdonó su traición. Indabigash no podía pensar en emprender una campaña inmediatamente después de la revolución que le había entronizado, y por otra parte no quería entrar en tratos con Asiria, por lo cual retiró sus tropas de Babilonia. Shamashshumokin, privado así de su aliado más eficaz, ya no podía contar con la victoria. Resistió encerrado en Babilonia, y el hambre fué tan grande, que los sitiados, para alimentarse, se vieron obligados á comerse á sus hijos. Los árabes trataron en vano de abrirse paso á

soportar. Egipto se emancipó en cuanto se enredaron las cosas por la parte de Elam, y Psamético el Saíta, hijo de Nechao, emprendió la campaña contra su bienhechor. Expulsó á las guarniciones asirias, venció á Pakruru y á los príncipes del Delta y restableció la unidad del imperio faraónico desde Elefantina hasta el Mediterráneo. Ignoramos los pormenores de tales acontecimientos, y lo único que sabemos es que debió sus victorias á grupos de mercenarios procedentes de Asia, que los asirios creyeron proporcionados por Giges rey de Libia. En aquellos momentos, sin atender mucho Asurbanabal á estas porciones excéntricas de su esfera de influencia, no pensó más que en castigar á los pueblos que se habían asociado directamente al crimen de Babilonia. Acabó pronto con los árabes, prendió á sus jefes Yauta y Amuladin de Kedar, los reemplazó con jeques adictos á él, y se dirigió contra Elam. Indabigash, aunque favorable en secreto á Shamashshumokin, tenía que guardar cierta reserva porque temía exponerse á alguna rebelión de los príncipes de su familia. Después de la caída de Babilonia, dió asilo á varios jefes caldeos, entre otros á Nabulbelzikri, nieto de Merodachbaladan. Asurbanabal eligió esto como pretexto para romper las hostilidades. Reclamó á los fugitivos con grandes amenazas, pero Indabigash se negó á entregarlos. Mientras tanto, el general de Susa, Khumbankhaldash, asesinó al rey y se ciñó la diadema. Asurbanabal se aprovechó de estas disensiones. Se apoderó de Bitumbi la antigua capital de las fortalezas de Elam, mató á muchos habitantes y mutiló á otros. Khumbankhaldash dejó á Modaktu y huyó á las montañas. Tamaritu, que había seguido á Asurbanabal, fué restaurado en el trono como vasallo de Asiria. Cansado pronto del odioso papel que

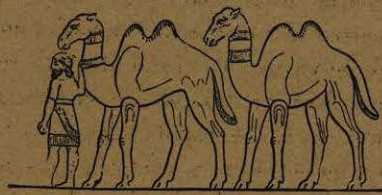


Martirio dado por los asirios á sus prisioneros.

representaba, conspiró para acabar con las guarniciones asirias, pero se le hizo traición y fué entregado al vencedor.

Con esto respiró algo Khumbankhaldash, que entró en Madaktu y se apoderó de Bitumbi,

aunque no fué más que un triunfo pasajero. En la primavera del año siguiente, Asurbanabal llegó á Elam, forzó unas tras otras todas las líneas de defensa establecidas delante de Susa, y se apoderó de la ciudad, de la cual sacó ri-



Beduínos con camellos (Representación asiria.)

quisimo botín, consistente en tesoros y en estatuas de dioses, que transportó á Asiria. Ultrajó á los dioses elamitas y los soldados invadieron los bosques sagrados, en los cuales no habían penetrado nunca los profanos. Durante un mes y veinticinco días toda la región baja del Elam fué entregada á la soldadesca y saqueada sin compasión. Los habitantes que sobrevivieron á estos horrores fueron dispersados como rebaños de corderos por las ciudades donde había prefectos, comandantes militares y gobernadores asirios.

Khumbankhaldash conservaba la montaña. Para lograr la paz, ofreció al monarca asirio entregarle á Nabuvelzkri, pero éste por no caer vivo en manos del enemigo, hizo que le matara su escudero. Su cuerpo fué entregado á los mensajeros del rey de Asiria, que lo decapitó y lo echó á un muladar, prohibiendo que se le diera sepultura. No salvó á Khumbankhaldash su cobardía. Los vencedores le persiguieron hasta las soledades en que se había refugiado y le obligaron á entregarse. Conducido á Babilonia, encontró allí en la prisión á dos de sus competidores, Tamaritu y Palkhé, y á Vaitteh, rey de la Arabia. Asurbanabal les impuso á todos el mismo castigo é igual vergüenza. Un día que ofreció un sacrificio, los enganchó á su carro de guerra, del cual tiraron hasta la puerta del templo. La derrota de Khumbankhaldash completó el rebajamiento de los elamitas. Una parte de las comarcas en las cuales había reinado, fué anexionada y administrada directamente por generales asirios. Las tribus salvajes de las montañas se libraron de la servidumbre, y más adelante lograron librar á las de la llanura, pero el golpe dado por Asurbanabal había sido demasiado fuerte para que no duraran mucho y muy desastrosamente sus efec-

tos. Elam, el más antiguo de los Estados del Asia anterior, desapareció del mundo. Los recuerdos de su historia real se borraron pronto entre leyendas. El fabuloso Memnón ocupó en la memoria de los pueblos el lugar de aquellas



Un templo asirio.

dinastías ambiciosas y conquistadoras que habían poseído á Babilonia y á Siria, cuando Nínive era poco más que una aldea (643). El último acto de aquel drama terrible se representó en el Desierto. Apenas llegado al trono de Arabia, había sacudido Abiateh el yugo asirio, aliándose con Natán el Nabateo. Mientras resistió Elam, Asurbanabal fingió no ver la traición de su vasallo, pero en cuanto venció á Khumbankhaldash, pensó en vengarse. Salió de Nínive en la primavera de 642, atravesó el Eufrates y la línea de colinas que lo limita al Oeste, se abasteció de agua en Laribda y se internó en el desierto para perseguir á los rebeldes. A pesar de los padecimientos de su ejército, atravesó el país de Mash y de Kedar, saqueó pueblos, quemó tiendas, cegó pozos, robó mujeres y ganados, y llegó á Damasco con inmenso botín. Los árabes, aterrizados, se rindieron; pero quedaban los nabateos, que perseveraban en su conducta por hallarse lejos. Asurbanabal no se entretuvo en celebrar su victoria en la capital de Siria, y á los veinticuatro días de haber dejado la frontera caldea, salió de Damasco en dirección al Sur en busca de los nabateos. Tomó la fortaleza de Khalkhuliti (al pie de una meseta) y todos los pueblos del país uno tras otro; sitió á los habitantes en sus guaridas y los redujo por hambre. Abiateh fué hecho prisionero, y Natán se redimió, prometiendo pagar tributo. A la vuelta fueron castigadas varias poblaciones de la costa fenicia, asegurando así la fidelidad vacilante de los vasallos sirios. Nínive se llenó de riquezas. Había tanto camello tomado á los árabes, que se vendieron baratísimos á las puertas de la ciudad.

Nunca había sido tan completa la victoria de Asiria, á pesar de lo cual salió de la lucha tan debilitada como Elam. En resumen, siempre

tropezaba con iguales dificultades que en los tiempos de Asurnazirabal ó Tiglatfalsar. Para conservar su autoridad, tenían que estar recorriendo los reyes su imperio sin cesar, de un extremo á otro. Toda guerra que al Este se prolongaba algo, aunque acabara por la sumisión, alojaba los lazos de obediencia en el Oeste, y había que volver á empezar la conquista ó renunciar á lo adquirido en expediciones anteriores. Asurbanabal, rendido por su lucha contra Elam, tuvo que renunciar á la guerra perpetua y abdicó sus derechos á la soberanía de Egipto, en favor de los Tabal y de Lidia, pero siguió siendo el soberano más poderoso de Oriente. Casi el último de su raza, fué el rey cuyo dominio se extendió más, y resultó superior á sus antecesores en actividad, crueldad y energía, como si Asiria, al sentirse cerca de su ruina, hubiera querido reunir en un solo hombre cuantas cualidades habían constituido su grandeza, y cuantos defectos mancharon su gloria.

CAPITULO XI

Comienzos de la Media.

Medos y persas: Deiokes.—Judea: renacimiento de Egipto.—Invasión escítica; Josías y Nechao; la caída de Nínive.

Los Sargónidas habían fundado un gran imperio semita sobre los residuos de los reinos parciales. Arameos, judíos, fenicios, gentes asirias, y hasta algunas tribus árabes, cuantos hablaban dialecto semítico en-



Tormento dado á los prisioneros por los asirios.

tre el istmo de Suez y las bocas del Eufrates, reconocían al mismo jefe y se reunían por primera vez bajo un solo dominio. Los antiguos pueblos conquistadores, egipcios, elamitas, tribus caldeas, habían sucumbido sucesivamente. Pero el

triunfo de la raza semítica sobre aquellas otras civilizadas del antiguo mundo había costado caro. Ya hemos visto cuál fué la suerte de Babilonia y de los arameos de Oriente durante las últimas guerras. Los semitas occidentales habían padecido más todavía que sus parientes de Mesopotamia y Caldea. Siria, antes tan rica y poblada, estaba en completa decadencia. Kodshu no existía más que en la confusa memoria de los escribas egipcios. Gargamish, Hamath, Damasco, perdían cada día importancia política ó comercial. La Celesiria, abrumada por diez siglos de combate, estaba inerte á merced de cualquier enemigo.

Moab, Amón y los filisteos estaban casi del todo arruinados. Israel había desaparecido. Fenicios y judíos conservaban aún señales de vida, pero sus rebeliones é intrigas á nadie eran nocivas más que á ellos mismos, y el día en que el poderoso soberano de Nínive se cansara, con levantar un dedo le bastaría para reducirlos de tributarios autónomos á simples súbditos.

Y, sin embargo, cuando parecía que Asurbanabal podía gozar en paz del fruto de sus victorias, surgía y se organizaba un pueblo que en el espacio de una generación iba á destruir su obra y la de sus antepasados. El país al Este de Asiria se divide naturalmente en dos zonas: una montañosa, que separa la cuenca del Tigris de la del Caspio, otra llana, que al Sur va al Océano Indico y al Este hacia el Helمند. Los pri-



Bueyes babilónicos. (De un cilindro sello.)

meros conquistadores asirios, Tugultinip y Tiglatfalasar I no habían pasado de los montes que en la primera región se llaman Khoatras y Zagros. Asurnazirabal anduvo muy ocupado en

Siria y Armenia para emprender nada hacia el Este. Salmanasar, más libre que su antecesor, penetró probablemente hasta las lindes del desierto, y su hijo Shamshiadad avanzó en tres



Cilindro sello del príncipe de Agad.

ocasiones lo bastante hacia Oriente para que podamos sospechar que estuvo en contacto con el pueblo de los medos.

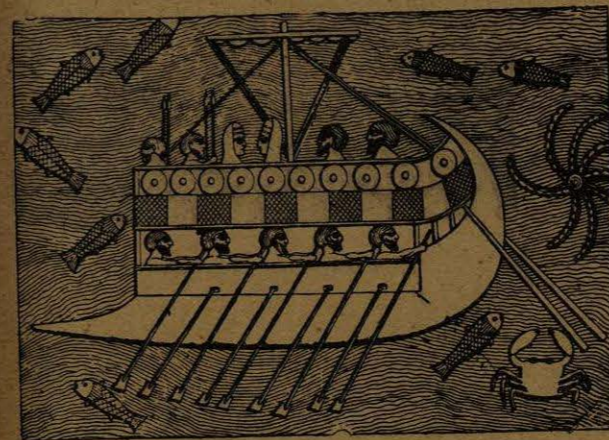
Los medos se llamaban á sí mismos arios. Sobre el siglo V antes de nuestra Era, se dividían en seis tribus: busos, paretacenos, strucatos, arizantes, budianos y magos, según Herodoto.

Conservaban vago recuerdo de la época en que, reunidos con otras naciones del mismo origen, vagaban por el Aryanem Vaedjo (morada de los arios). Los historiadores modernos han empezado por colocar esta comarca mítica á orillas del Oxus y el Laxartes, cerca de esa pretendida meseta de Pamir, que consideraban punto de partida de las razas indo-europeas. Conjeturaron que una parte de las tribus bajó hacia el

Sur por la cuenca del Indo y sus afluentes, mientras otras se dedicaban á cultivar los oasis fértiles de Margu y Havarazmi. Los redactores de los libros sagrados del Irán decían que conocían las etapas del camino que recorrieron medos y persas antes de arraigar en el suelo del Irán. Aseguraban que sus antepasados habían habitado en regiones diversas que Ahuramazda, dios benéfico, creaba para ellos, pero de las cuales los arrojaban las malas artes de Angromainyus, principio del mal. Obligados por el frío á marcharse del Aryanem Vaedjo, se esparcieron por la Sogdiana y la Margiana. Las guerras civiles y las invasiones de los vecinos los obligaron

á emigrar, y se dirigieron al Este á Bakhdkí ó Bactriana y luego hacia el Sudeste, á la comarca de Nizaya, y por la meseta del Irán, desembocando en el Vaekereta Duhzaka (actual Seistan,

de que todo esto es un fraude. Cuando Tiglatfalasar III llegó á Media, en los años que corresponden al reinado del supuesto Mandankas, el país estaba repartido entre gran número de



Buque de guerra asirio. (Relieve antiguo.)

según Lassen y Hang), donde se separaron en diversas naciones. Atravesaron unos el Haracati, el Haetumat y llegaron al Heptahendu, Penjab actual. Otros fueron al Oeste, hasta las riberas occidentales del Mar Caspio. Todo eso son leyendas inventadas posteriormente. Lo verosímil es que los iraníes vinieran de Europa á través del Cáucaso, y su país de origen debe de estar en las llanuras del Araxes y el Kur.

Los medos conquistaron palmo á palmo el suelo de su nueva patria. La historia no conserva los pormenores de sus primeras luchas contra los antiguos dueños del país, pero las tradiciones persas han conservado hasta la Edad Media el relato de las hazañas fabulosas que las hicieron notables, y de los héroes legendarios que las sostuvieron. De muy antiguo, no pudiendo admitir los persas que un pueblo de su raza hubiera hecho recientemente un papel insignificante en la historia del mundo, compusieron una especie de novela gloriosa, cuyas invenciones principales recogió y consignó Cterias de Cnido en sus libros. Calculó que ocurrieron en 788 la rebelión de Arbakes, la toma de Nínive, y la fundación de un vasto imperio medo que duró sin interrupción hasta el tiempo de Ciro. Como no había nombres de aquellos supuestos reyes, ni se sabía cuántos años reinó cada uno, creó Ctesias una dinastía completa, con un Arbakes, un Mandaukas, un Sosarmos y otros cinco más. Los monumentos asirios nos han dado la prueba

de que todo esto es un fraude. Cuando Tiglatfalasar III llegó á Media, en los años que corresponden al reinado del supuesto Mandankas, el país estaba repartido entre gran número de jefes independientes que ejercían la autoridad cada cual en su distrito, y que no obedecían á ningún poder superior. Veinte años más tarde, sobre 783, Sargón llegó á la meseta, se apoderó de la mayor parte de las ciudades, las anexionó á Asiria, y construyó fortalezas en varios puntos importantes. Fiel á las tradiciones de la política asiria, deportó muchos medos á las provincias occidentales de su imperio, á Hamat, en la Celesiria y llenó la Media de colonias sirias, desterrando allí, entre otros, á muchos judíos de Samaria. Como tributo, exigió cada año la entrega de cierto número de garañones niseos. Reinaba como soberano de todos los jefes de la región, de los príncipes de Agazzi, Uriakku, Ambanda, Zikartu y otros muchos cuyos dominios no sabemos dónde estaban. Hay nombres de jefes que tienen forma irania. El más notable es el de un tal Dayankku, del cual no tardó en apoderarse la leyenda para atribuirlo la fundación del imperio medo.

Cuenta Herodoto que sobre 708, cuando Sargón era omnipotente, las tribus dispersas de Media se habían reunido para formar nación, y que los principados aislados habían fundado un reino único. Dice que había un medo llamado



Lámina de barro caldea (De un sepulcro.)

Deiokes, hijo de Fraortes, juez de su pueblo, ambicioso del poder, querido por sus conciudadanos, hasta el punto de que, habiéndose sabido en otras poblaciones (donde se habían dado

sentencias muy injustas) que Deiokes era el único que juzgaba rectamente, acudieron á él, y no quisieron en lo sucesivo otro juez. Como la muchedumbre de litigantes aumentaba sin cesar, no quiso Deiokes juzgar más, porque para atender á tanto asunto ajeno tenía que descuidar los suyos. Al tomar tal determinación abundaron más que nunca en aquel país la rapiña y el desorden y los medos se reunieron y acordaron elegir un rey, para cuyo cargo nombraron á Deiokes. Al conseguir la monarquía, se mandó edificar un gran palacio y nombró una guardia real. En seguida ordenó á sus súbditos que abandonaran las aldeas y se reunieran alrededor de él, en una gran capital. Los medos, dóciles á sus órdenes, construyeron una ciudad inmensa, que llamaron Ecbatana. Deiokes mandó hacer siete recintos fortificados y ordenó al pueblo que habitara fuera de la ciudadela. Terminada la ciudad, dispuso Deiokes que nadie penetrara en el palacio real; que todos los asuntos se despacha-



Representación asiria de un campo de batalla.

ran por mediación de ciertos oficiales, los cuales darían cuenta al monarca; que se considerara indecencia mirar al príncipe cara á cara, reirse, ni escupir delante de él. Estableció este ceremonial para que algunos de sus contemporáneos, criados en compañía del él y de tanta posición como él, no tuvieran ocasión de envidiarle al verle tan afortunado, y de armar alguna conspiración. Pensaba que haciéndose invisible para sus súbditos, acabarían éstos por considerarle un ser de naturaleza distinta.

De este fondo legendario se desprenden dos ó tres hechos casi positivos. Es probable que el llamado Dayankku por los textos asirios y Deiokes por Herodoto, se creara realmente un principado importante al pie del Elvend y que fundara á Ecbatana, ó á lo menos le diera la categoría de capital. Pero nunca fué el soberano venerable que supuso la posteridad, y el territorio sometido á su mando apenas representaba la mitad de lo que era Media en la época clásica.

No por eso dejó de lograr (y á ello se debe su renombre) que las tribus de Media tuvieran



Cilindro de Erech. (3500 años antes de J. C.)

un centro alrededor del cual se fueran juntando. Apenas había empezado la obra de concentración en tiempo de Sennaquerib y la leyenda acierta al considerar época pacífica el largo reino de Deiokes. El medio siglo que la leyenda atribuye á este reinado corresponde al momento del mayor poderío asirio. En tiempo de Sennaquerib, de Asarhaddon, de Asurbanabal, Media era harto débil para ser independiente y mandaban en ella los gobernadores instalados en Kharkhar, á quienes pagaba tributo resignadamente.

La tradición llama Fraortes al sucesor del pacífico Deiokes, y dice que subió al trono en 653, cuando todavía brillaba la estrella de Asurbanabal. No parece que empezara por intentar sacudir el yugo asirio. Comenzó anexionándose los Estados pequeños más próximos, y luego otros de la misma raza, que por el número y valor militar de sus tribus, era los únicos capaces de entrar en rivalidad con su propio pueblo. Estos eran los persas, concentrados al principio en los valles estrechos que cortan la meseta irania hacia el Sur, y que se habían desarrollado desde



Cilindro sello caldeo de Ur.

fines del siglo VIII. Elegían sus reyes entre la familia de un tal Akhamanish, el Aquemenes

de los griegos, el cual, en tiempo de la invasión irania fué el jefe de la principal tribu persa. El sucesor de Aquemenes fué Teiopes. Aún reinó durante los años en que Asurbanabal consumó la ruina de Susa, adquirió la parte oriental de Elam y se llamó rey de Aushan. Persia, tal como quedó constituida por esta anexión, se extendía desde la desembocadura del Oroatis hasta la entrada del estrecho de Ormuz. Las diez ó doce tribus en que se dividían los persas, se repartieron el territorio con bastante desigualdad. Los pasargadas (á cuya tribu pertenecía siempre el rey), los mararpienses y los puaspienses, cuyos jefes pertenecían á las siete familias más nobles de la nación, vivían en el reborde de la meseta, alrededor de la ciudad de Pasargades. Los pantialenses, derusienses y carmanos, llevaban vida sedentaria en las regiones del Este, mientras los daenses, los mardisenses, los drópicos y los sagartienses andaban como nómadas por los distritos más próximos á Susiana. Los persas eran una raza inteligente y fina, rebelde á las fatigas, belicosa por instinto. Eran altos y delgados, anchos de hombros y caderas, con cabeza pequeña, abundante cabellera y barba rizada, nariz recta y mirada penetrante. Fraortes los venció, á pesar de su valentía, y reforzado con sus contingentes, logró conquistar á todos sus vecinos.

Este triunfo lo embriagó hasta el punto de que se creyera capaz de desafiar á los asirios. Ocurría esto durante el año 635, diez después de la caída de Elam, y no es probable que Asiria hubiera declinado sensiblemente en tal lapso de tiempo. Asurbanabal, anciano y harto de victorias, estaba siempre á la defensiva, y no se ponía en movimiento más que en último extremo, amenazado de una rebelión en el interior ó de una guerra extranjera. Empleaba sus ocios en edificar templos ó adornar palacios, y en recoger en las bibliotecas sagradas libros de literatura, ciencia, arte ó historia de Caldea, copiándolos y formando en Ninive una biblioteca, de la cual quedan restos. En aquel momento de prosperidad se le ocurrió á Fraortes atacarle. Nada sabemos de la marcha de la guerra, pero sí que los medos fueron vencidos y su jefe pereció con muchos de los suyos en el campo de batalla. Ciaxares, hijo de Fraortes, no abandonó la empresa, pero antes de volver á tomar la ofensiva, reformó el reclutamiento y reorganización de su ejército, que había sido hasta

entonces un conjunto heterogéneo de milicias feudales. Cada tribu daba su contingente, que se batía separadamente á las órdenes del rey. Ciaxares transformó esto reuniendo á todos los elementos militares de su pueblo; arqueros con arqueros, lanceros con lanceros, según el orden seguido por los asirios. No podía haber peligro más serio para Asiria que el establecimiento de una gran potencia militar en su frontera oriental. Una agresión procedente de Egipto ó Asia Menor tenía que atravesar el imperio en toda su anchura antes de llegar á las orillas del



Representación de los demonios Caldeos. Bajo relieve de una estela caldea. (Museo Británico.)

Tigris. La distancia era más corta para un enemigo que viniera de Urtu ó de Elam, mas los obstáculos naturales de ríos y montañas resultaban casi insuperables. Pero cuando la Media era el punto de partida, una vez forzada la cadena de fortalezas que cubría la frontera, el ataque caía derechamente sobre Ninive, por un camino corto y fácil, hiriendo al imperio en su corazón. Ciaxares venció á los generales de Asurbanabal, y por primera vez desde hacía un siglo, conoció Asiria los horrores de una invasión extranjera. Los Sargónidas, previsores, habían transformado lentamente el triángulo comprendido en la confluencia del Zab pequeño y el Tigris, en un vasto campamento atrincherado, cuyo frente Norte estaba cubierto de fortalezas, y al cual servían de reductos Ninive y Kalakh. Tanto abundaban los obstáculos, que